CREACIÓN DE UNA VOZ DE AUTORIDAD EN
BARTOLOMÉ DE LAS CASAS:
ESTUDIO DEL *PRÓLOGO* DE LA *HISTORIA DE INDIAS*

POR

ANTONIO CORTIJO OCAÑA
University of Berkeley

Los prólogos de los libros de historia han sido estudiados desde antiguo como la manifestación más o menos programática del concepto que los diferentes historiadores tenían sobre la historia.¹ El historiador debe siempre seleccionar su materia de entre un *corpus* de eventos, ofrecerla al lector con una forma determinada y, a menudo, señalar por qué fue aquella y no otra la elegida. Nosotros, lectores —consideradas las instancias emisora, textual y receptora— obtenemos una imagen del historiador, y nos vemos obligados a responder a determinados estímulos con los que el autor va modulando nuestra respuesta. En el caso de la historia, la necesidad de justificar su concepto es consustancial a un género en el que la realidad extratextual deja sentir su fuerza sobre la textualidad misma, dando a menudo una tensión vital a obras que pocas veces son sentidas por escritores y lectores como mera “literatura”.

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y EL “PRÓLOGO” DE SU *HISTORIA*

El prólogo parece, *a priori*, un lugar idóneo para bucear en las tensiones entre realidad y textualidad en la obra histórica lascasiana. Mi propósito es estudiar quién es Las Casas historiador a los ojos de Las Casas escritor del “Prólogo”, para lo cual habrá que analizar los mecanismos y modos retóricos de la emisión y la recepción. El prólogo, además, sólo alcanzará un sentido pleno cuando se lo estudie en su contexto genérico, donde por los principios de similitud y contraste se encontrarán los signos pertinentes que le darán

¹ Son ya clásicos los trabajos de Porqueras Mayo y Porqueras Mayo y Laurenti sobre el modo como se conciben y estructuran los prólogos en las obras literarias del Renacimiento español. Estos autores, sin embargo, no tienen en cuenta los prólogos de los libros de historia. Para la tipología general de éstos puede consultarse Carmen Codoñer, para la literatura latina, o Cochrane, para la literatura humanista, gran parte de cuyos tópicos aparecen en las historias y crónicas de Indias. Por lo que a los prólogos de éstas toca, en particular, pueden consultarse el libro de Esteve Barba, el artículo de Santiago Montero Díaz y el de González Echevarría sobre retórica y crónicas de Indias, aunque el estudio de estos prólogos no ha sido objeto de un trabajo que los abarque y dé explicación de su conjunto.

individualidad.² En el caso del dominico, el modelo que estuvo en la base de su “Prólogo” corresponde al de las *artes historiae*, que desde 1542 habían alcanzado un desarrollo considerable entre los humanistas.³ El “Prólogo” de Las Casas ofrece una lectura que lo aproxima a estos tratados, aunque el propósito de su obra, su receptor y hasta su contenido hacen que haya numerosas discrepancias con aquéllos. Su propósito, la defensa de los indios; su destinatario: el rey; su concepción de la historia como manifestación de la Providencia Divina, junto con una despreocupación, al menos a nivel teórico, por el componente estilístico y retórico, hacen de esta obra algo peculiar. Sólo cuando se consideran estas similitudes y disimilitudes genéricas pueden entenderse algunos de los elementos materiales y formales que lo constituyen.

Bartolomé de Las Casas comenzó a escribir su *Historia de las Indias* en 1527 y la redacción definitiva data de 1559.⁴ El autor nunca dio permiso para que la obra se imprimiese en vida suya, pues estimó que de ello sólo se derivarían perjuicios para la población indígena. No empezó a escribir el “Prólogo” hasta 1552, sin que sepamos exactamente qué retoques pudo éste sufrir con posterioridad a esa fecha. Corresponde, pues, a un momento de elaboración distinto al del resto de la *Historia* (Saint-Lu, 56 y ss.). Si bien está clara su dependencia de ésta, puede ser estudiado como manifiesto de doctrina histórica, como pequeño tratado en gran medida teórico sobre el modo como la historia (y su *Historia* en particular) debe ser concebida y escrita.

El “Prólogo” cuenta con dos partes diferenciadas. La primera (3-11), más abstracta, analiza de modo extenso las diferentes intenciones que han movido a los historiadores a escribir sus obras. Tiende a quedarse en el plano teórico, aunque el autor haga referencias ocasionales a la particularidad de su condición de historiador y a la materia indiana por él tratada. La segunda (11-19), más concreta, se centra en el contenido particular de su *Historia*, insistiendo en la finalidad que le ha movido a escribirla. La tensión de esta última parte es considerablemente mayor, pues la defensa de la población indígena saca al prólogo de la posición eminentemente teórica que tenía hasta entonces. La exposición que sigue analizará los diferentes planos en los que el discurso histórico parece dividirse según el dominico.

La cita con que se inicia el “Prólogo” corresponde al libro de las *Antigüedades hebraicas* de Flavio Josefo.⁵ Las Casas expone las causas que según este autor mueven a escribir historia y las defiende o rechaza a su vez.

² Me baso en las ideas de género de Genette (183-233) y Todorov (31-48), para quienes una obra literaria alcanza sentido incorporada a un grupo genérico y mediante las relaciones de oposición con los componentes de éste.

³ Para el estudio de las *artes historiae* españolas se pueden consultar Montero Díaz (3-39) y Sánchez Alonso (1944; 1953, 205-40). Es especialmente interesante para los propósitos de este trabajo el primer artículo citado, aunque contiene imprecisiones en lo que se refiere a algunos tratadistas de historia.

⁴ La edición en la que me baso para el presente artículo es la de André Saint-Lu. Al final del vol. III se ofrecen unas tablas bio-bibliográficas de las que extraigo gran parte de los datos citados en el presente artículo.

⁵ La elección de Flavio Josefo es sintomática, pues este autor gozó de las simpatías unánimes de los escritores humanistas de tratados de historia.

I. Para Las Casas la preocupación estilística está fuera de todo propósito histórico.⁶ La excesiva elocuencia engendra verbosidad y ésta es trasunto en el nivel formal de mentira. Una historia verbosa es sinónimo de historia fabulosa y fingida. La palabra esmerada, pues, se desprestigia en cuanto conlleva y produce engaño. Sin embargo, a pesar de la verbosidad y estilo ampuloso y retorcido que caracterizan este “Prólogo”, Las Casas define su *Historia* por “la penuria de los vocablos, la humildad del estilo, la falta de la elocuencia” (3).

II. Las Casas participa de la visión humanista de la historia como *speculum principis*. El humanismo había recuperado esta noción, ya existente en la Antigüedad y en la Edad Media, y la había dotado de un contenido político nuevo. El príncipe o el monarca debían leer historia para encontrar modelos de conducta que pudieran aplicar en su actividad rectora. Ellos se erigían en la entidad de poder aceptada y el historiador asumía el carácter de consejero: su conocimiento, prudencia y reflexión sobre el devenir histórico le capacitaban para asumir una función de rector efectivo, aunque el monarca o el príncipe ostentasen el poder. De las consideraciones de Las Casas sobre la importancia de la historia en cuanto tiene como receptora la entidad real, destacan la idea de la firme relación que ha de establecerse entre historia y política y el enorme peligro que puede derivarse de la tergiversación de la actividad de consejero-historiador. Si la historia es útil y necesaria al soberano, aquéllas aduladoras y mentirosas “podrán ser causa como los otros defectuosos y nocivos libros, pública y privadamente, de hartos males, por ende no con menor solicitud deben ser vistas, escudriñadas y limadas, antes que consentidas salirse a publicar” (5).

III. La verdad define la historia desde el punto de vista del contenido. La idea había sido formulada por Cicerón en el libro II del *De oratore* (*veritatis lux*). Para Las Casas las reflexiones sobre la verdad han de relacionarse con las preocupaciones por el sujeto emisor. El oficio de historiador, dotado de prestigio en cuanto trataba con la *veritas*, debía corresponder a quien por su “doctrina, prudencia, filosofía, perspicacia, espiritualidad y dedicación al culto divino” (6) más parecía estar dotado para ello: los sacerdotes. En la base de tal consideración pesaban en parte las reflexiones humanistas que habían producido una reclasificación de las ciencias. La historia, por su relación con la verdad, se parangonó en cuanto a su estatuto como ciencia con la filosofía, y las dos, por esta especial relación con la verdad, ocupaban una posición privilegiada en la jerarquía del saber, sólo superadas por la teología. Las Casas, heredero de una tradición de reflexión cristiana y humanista,

⁶ En la literatura castellana la polémica sobre el estilo histórico se remonta a las consideraciones de Enrique de Villena o a las de Fernán Pérez de Guzmán y Hernando del Castillo (Weiss, 79 y ss.; L. Estrada, 23 y ss.). El modelo, sin embargo, al que alude Las Casas es el del renacer del *vir bonus peritus dicendi*. En las *artes historiae* (Cochrane, epílogo; Spini, 91-103; Regoliosi, 3-37; Croce, *passim*) se dedicaba un espacio considerable a las consideraciones sobre el estilo histórico. El historiador, desde esta concepción elocutiva de la historia, debía lograr la adecuación entre su materia y el modo de tratarla, *decorus*, y la palabra, en último término, se erigía en la base sobre la que el pensamiento, en cuanto discurso, debía modularse. En esta línea, González Echevarría (42-85) analiza el concepto retórico de la historia de las crónicas de Indias. Aunque su artículo no aborda el análisis de los prólogos, es interesante en cuanto da cuenta de las estrategias retóricas con que el discurso de las crónicas se construye.

equipara la historia con la filosofía y la teología.⁷ Una vez que la materia se ha prestigiado, se hace necesario prestigiar a su sujeto emisor: el *sacerdos* no es el único posible *historicus*, pero es sin duda el mejor. Para entender esta postura tenemos que reflexionar sobre otro de los conceptos lascasianos: la historia como reflejo de la Providencia Divina, desarrollado en especial en la segunda parte del “Prólogo”. Esta idea, de origen agustiniano y recogida en particular por Vives, dentro del ámbito hispano, justifica en última instancia la materia verídica de la historia y el sujeto emisor religioso de la misma. Si se considera la sociedad en su constitución jerárquica, el rey o el príncipe, cuyo poder emana de la autoridad divina, deben regirse políticamente por los principios del devenir histórico. La historia, fiel testigo del plan divino y escrita por sacerdotes, ha de ayudar a desentrañarlos.

IV. La recuperación del pasado histórico se concibe como necesaria. El conocimiento del pasado engendra utilidad, pues, como repite la teoría clásica, el pueblo que carece de conocimiento de él carece de conciencia propia. Esta utilidad de sentido personal, íntimo y ontológico, en cuanto produce la conciencia del ser como ser, se ve complementada, según Las Casas, por la utilidad ejemplar, *speculum morale*, y la utilidad jurídica. Citando a Fray Guillermo, Las Casas nos informa que “las crónicas hacen probanza o, al menos, adminículo de prueba, en juicio” (8). La verdad, pues, no sólo es útil desde un punto de vista moral o gnoseológico, sino jurídico y legal. La historia como devenir de la Providencia debe regir la conducta futura del individuo y de la comunidad; la historia es *speculum morale* así como *speculum principis* y su proyección futura como modelo de actuación tiene una dimensión política y jurídica clara. En opinión de Las Casas, esta última causa, el descubrimiento de los grandes hechos del pasado, no se queda en la mera admiración de lo maravilloso o sorprendente, sino que la vinculación de la historia con las entidades rectora y jurídica otorga a aquélla una misión a la vez providencialista y salvadora. En ello el dominico parece ir más allá del simple concepto humanista de la *admiratio*.

La recuperación del pasado histórico, por último, se engloba dentro del proyecto agustiniano de colocar el pasado dentro de la proyección futura de culminación de la *Civitas Dei*. La herencia histórica no sirve en cuanto maravilla o admiración por el pasado en sí, sino en cuanto participación de este pasado en el presente y futuro. Providencia significa ver lo anterior por sí y por la relación con el fin divino al que lleva la línea progresiva de sucesos, eventos, personajes e ideas en que se constituye la historia. El humanismo con sus *artes historiae* puso el pasado al servicio de la actividad política futura. El modelo servía para informar y prever. El hombre era, eminentemente, sujeto de actividad política. El sabio, educado en la prudencia, debía tener una participación política activa. A este modelo de acción de la sociedad, la concepción agustiniana, la de Vives y la de Las Casas añaden un elemento más: el de la Providencia como modelo de desarrollo político en la sociedad humana (*Civitas Dei in terra*).

⁷ Aunque son abundantes los tratados y obras anteriores a la escritura del *Prólogo* que pudieran citarse a propósito de esta afirmación, los tratados de Robortello y Patrizi, en especial el del segundo, son los que más insisten en esta idea de la historia como semejante a la filosofía. (Habría que señalar, además, que en el “Prólogo” aparece citado el nombre de Francisco Patricio como autor de *De regimiento principis*).

La segunda parte del “Prólogo” abandona las reflexiones generales y se centra en las particulares de la *Historia de Indias*. Las Casas se sirve del modelo de comentario y exégesis de obras literarias conocido como *accessus ad auctores*.⁸ Al igual que en la primera parte, el simple hecho de la adopción de este modelo formal tiene una serie de implicaciones en el contenido. Las Casas utiliza el modelo de *accessus* que se inició en el siglo XIII, de raíces tomistas, basado en la doctrina aristotélica de las cuatro causas. Este modo de comentario era visto como antiguo en el ámbito cultural de mediados del siglo XVI. Las Casas, que participa de alguna de las ideas más innovadoras en cuanto a la disposición formal de su “Prólogo,” sitúa conscientemente sus reflexiones en esta segunda parte dentro del tradicionalismo cristiano menos innovador. Las autoridades que sirven a nuestro autor para justificar sus postulados históricos proceden de dos campos bien distintos: el del mundo clásico, a través de lecturas humanistas; el del mundo cristiano medieval, a través de lecturas patristicas en su mayoría o jurídico-teológicas. El diálogo entre antigüedad y modernidad es, así, un nuevo reflejo de las tensiones temáticas que engendra el diálogo con el poder.

De las cuatro causas que estudia Las Casas, la que sin duda ofrece mayor importancia es la final. La formal y la eficiente no ocupan en modo alguno el interés del autor. La finalidad de la obra —modo en que se unen las reflexiones de la primera y la segunda parte del “Prólogo”— será la persecución de la verdad indiana. El propósito de esta verdad no será la búsqueda de lo asombroso, sino que vendrá motivada por la necesidad de conocer la realidad de una conquista eminentemente calamitosa e injusta. La verdad, para Las Casas, tiene una raíz verbal, de ahí que el oficio del historiador, en cuanto trabaja con palabras, tenga un carácter casi sagrado de transmisor de las mismas. Las similitudes bíblicas creo que son evidentes. El autor se nos ofrece como transmisor del verbo —*Verbum*. En este sentido entendemos su diatriba contra los falsos historiadores, aquéllos que prostituyen la verdad referencial. Las Casas, a diferencia de la preceptiva histórica humanista, no los considera ineptos o torpes: su acusación tiene carácter moral, pues son culpables de la perpetuación de la injusticia indiana. Para Las Casas, desconocer el pasado es un pecado de ignorancia del que se derivan conclusiones drásticas desde un punto de vista moral y cristiano.

En otro nivel del discurso, presuponiendo una causa final diferente de la anterior y un receptor distinto, Las Casas insiste en la idea de que la conquista equivocó su fin: los españoles usaron de los pueblos indígenas como si fueran un medio para fines lucrativos. En esta parte de su argumentación se preocupa por desenmascarar la falsedad de los argumentos esgrimidos tan incansablemente por sus contrincantes. Si se acudió al Nuevo Mundo para transmitir un mensaje evangélico, la finalidad de la conquista no radicaba en el expolio de tierras y propiedades.

Todavía en un nivel discursivo diferente, esta vez el jurídico, Las Casas habla de los derechos de conquista y de guerra. Recién acabada su disputa con Sepúlveda, saltan a las

⁸ El *accessus*, elaborado por la gramática clásica como modo de acceder a la comprensión de los autores, desarrolló cuatro modelos básicos en la Edad Media (entre los siglos IX y XIII), viéndose influido en su evolución por ideas gramaticales, retóricas y hermenéuticas (Minnis, *passim*).

páginas del “Prólogo” los ecos de esta defensa. Se usurparon injustamente los territorios indianos, viene a decir Las Casas una vez más, sin que hubiera justificación para la guerra ni para la confiscación de los derechos de señorío de los indios. El receptor del discurso en este nivel, el soberano como entidad de derecho, ha de conjugar su señorío universal con los derechos de los señoríos particulares.

El “Prólogo” se cierra con una recapitulación de las diferentes causas que le mueven a escribir: para honra y alabanza de Dios y para manifestar la justicia divina; para utilidad de los pueblos indígenas; para alabar, no lisonjear, a los Reyes Católicos, pues su fama puede resultar dañada con el falseamiento de la verdad; para el bien y utilidad de toda España; para la búsqueda de la verdad, en contra de las falsas historias que se han escrito; para defensa de la bondad natural de los indios; para que se conozca el mal de algunos; para manifestar la grandeza y admiración de los hechos de la conquista. Este catálogo-resumen, en definitiva, recoge la multiplicidad de rostros que, según Las Casas, pueden tener emisor y receptor e indica los diferentes niveles de significación en que su *Historia* ha de ser entendida. Por último, se anuncia, desde el punto de vista de la causa eficiente, que el testimonio del que surge la narración histórica es directo. La tradición humanista había dicho suficientemente que, entre todos los modos de narración histórica, aquél que nacía de la experiencia directa era el más deseable: Las Casas, con ello, prestigia la materia como de contenido verídico y eleva su persona en detrimento de algunos de sus contrarios.

NIVELES DE ENUNCIACIÓN

El discurso de Las Casas es fundamentalmente variado. Ello quiere decir que se sitúa en numerosos niveles, desde los que emisor y receptor tienen definiciones diferentes. El efecto que se consigue es de totalidad, a la vez que se crea una tensión interna, en cuanto los distintos niveles no son siempre complementarios. Estos diferentes niveles discursivos pueden resumirse de la siguiente manera:

I. *Las Casas-humanista*

La imagen que nos ofrece es la de escritor humanista cristiano. La época le ofrece el modelo formal de las *artes historiae*, en las que por primera vez desde la antigüedad la historia va a ser tratada como disciplina independiente. El modelo de hombre que estos tratados presuponían conjugaba las nociones de *peritus*, *eloquens* y *politicus*. En contraste con ellas, Las Casas no considera la noción de *verbum ornatum*, tras el que late una visión retórica y elocutiva del saber. Su desprecio del adorno verbal, del estilo, hace primar un concepto de la palabra como salvadora. El *verbum* lascasiano tiene resonancias del Verbo divino, y ello porque su concepto de historia tiene que ver con el reflejo del devenir de la palabra en el mundo. Las Casas, a diferencia de Vives, quien también participaba de un concepto providencialista de la historia, abomina de las particularidades elocutivas del discurso e incide en una noción eminentemente contenidista de la misma. Ello se hace a expensas de una curiosa y marcada elevación de estilo del “Prólogo” con respecto al resto de la *Historia de Indias*, lo que me hace pensar que tal formulación responde más a imperativos programáticos: esto es, Las Casas necesitaba prestigiar la abundancia

estilística no por ella misma sino para prestigiar, por contraste, otros elementos de mayor importancia en su concepto de la historia. La práctica de la historiografía italiana e hispana, en latín y en las lenguas vernáculas, que participaba por entonces del concepto retórico de la historia, constituye el marco genérico en el que Las Casas se incluye, consciente de que su obra pertenece a tal género y contra el que necesita, a la vez, manifestar su individualidad. Esto se refleja, por ejemplo, en el nivel formal en la conjugación de citas de autores clásicos y autores cristianos y patristicos medievales, casi del todo ausentes en las *artes historiae*. El sujeto enunciator, dentro del marco genérico de éstas, resulta resaltado por contraste.

Para una mejor comprensión de esta inclusión genérica del “Prólogo” dentro de las *artes historiae*, conviene compararlo con *De historiae institutione dialogus*, de Sebastián Fox Morcillo, y *De las cosas necesarias para escribir historia*, de Páez de Castro, obras contemporáneas a Las Casas.⁹ La finalidad política se observa en los tratados de los autores citados mediante alusiones constantes a la relación historiador-príncipe-rector y mediante su repetición hasta la saciedad de la condición especular de la historia. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con Las Casas, todos estos autores son humanistas que han llegado a su posición política desde su preparación retórica. En especial su relación con el humanismo italiano de Sperone Speroni (*Dialogo della historia*, 1542) les hizo dedicarse al cultivo de las ciencias de la palabra. Desde ellas llegaron —desde su concepto de *homo sapiens eloquens*— al cultivo de la historia como género literario y casi-filosófico. El componente verbal de tal género fue siempre para ellos algo consustancial al mismo y sin el que no podía entenderse. En ello, pues, radica la diferencia —de gran peso— que separa estos tratados de las concepciones lascasianas.

⁹ Aunque pudieran citarse más *artes historiae* españolas, éstas se escriben y publican en momentos cercanos al de la redacción del “Prólogo”, con lo que, si no de influencia directa, sí sirven, al menos, para reflejar las ideas que circulaban sobre el tema. Es interesante en especial el libro de Fox Morcillo, pues expone con gran amplitud las ideas que son comunes a estos tratados y, por la fecha de su redacción (1557), incorpora el pensamiento español a la vanguardia del pensamiento europeo. El prestigio alcanzado por la historia en cuanto receptora de un *ars* se ve incrementado por cuanto la *praxis* que ellos proponen no se ve circunscrita a la de la *exercitatio* como escritura, sino que, recuperando la vieja idea de la validez pragmática y social de la retórica clásica, querrán influir de modo efectivo en la política del momento, especialmente grave para España en la zona de los Países Bajos, donde estos autores se encontraban en calidad de profesores o estudiantes. En las dos obras citadas se destaca la condición política de la historia, en la medida en que la reflexión que su escritura provoca se orienta decididamente al pragmatismo político. Ambos autores, junto con Furió Cerial y algunos de los que formaron el llamado “grupo de españoles en Lovaina”, escribieron tratados políticos y artes históricas, pretendiendo con ellas contar con un vehículo de difusión de sus ideas políticas. El peligro que esta actividad conllevaba para el monarca (Felipe II) fue tan manifiesto que se ordenó en 1558 un juicio de la Inquisición contra los “bayistas” de Lovaina (entre los que se incluían todos estos autores), acusándolos de herejía, y en 1559 se ordenó la vuelta a España de todos los españoles, estudiantes y profesores, que se encontraban en la universidad de dicha ciudad (Tellechea, 21-45; Maravall, 167 y ss.). Con ellos se observa que la historia era un género que podía dar lugar a tensiones y violencias políticas y religiosas, y se entiende mejor, en particular, la tensión que conllevaba la formulación de Las Casas sobre el modo de escribir y entender una historia de Indias.

Los autores, por último, con quienes Las Casas da prestigio a este nivel de enunciación, son Cicerón, Flavio Josefo, Dionisio de Halicarnaso y, en general, los de la nómina de *auctoritates* humanistas, a los que se unen San Jerónimo, Eusebio, San Ambrosio o San Agustín.

II. *Las Casas-teólogo*

Dentro de este nuevo nivel de enunciación Las Casas se muestra defensor de un concepto histórico particular: la historia providencialista. El humanismo político, con Guicciardini, Fox Morcillo, Furió Ceriol, Sperone Speroni, Francesco Robortello o Patrizi, había situado la política dentro de una asepsia religiosa. No es que sus autores (o la inmensa mayoría de ellos) se mostrasen laicos, pero sí defendían un laicismo o aconfesionalismo político. Las Casas se incluye conscientemente dentro del formalismo humanista para lograr prestigio intelectual, pero defiende una concepción de la historia alejada en parte de esos mismos modelos. El providencialismo histórico obliga a considerar los hechos indios dentro de una perspectiva cristiana. El pasado se asimila al presente y se proyecta en el futuro, no tanto por su condición modélica, como en la teoría histórica humanista, cuanto por ser reflejo de un modo de actuación de la mente divina en el devenir temporal. El indio, dentro de este marco histórico, es visto como un hermano, capaz de recibir la gracia divina.

El lector que presupone o crea Las Casas en este nuevo nivel discursivo no es el humanista que busca el prestigio de la forma, sino el lector cristiano que descubre en el indio a un hermano. La verdad, supremo concepto histórico dentro del pensamiento clásico-humanista, se llena de contenido político-moral y supera la mera consideración de consecución gnoseológica de índole casi estética. La materia histórica se parangona con la filosófica. Las Casas, en este nivel, introduce el concepto de culpabilidad, concepto moral de repercusiones políticas: desconocer la verdad de los hechos, falsificar la narración de lo acontecido es indicio de criminalidad. Pero esta criminalidad no se sitúa, por ahora, en el ámbito de lo político, sino en el de lo religioso: por el concepto providencialista de la historia la verdad americana es elevada a categoría teológica y el oficio de historiador de Indias se ve dentro de una perspectiva salvadora. La palabra histórica, en definitiva, tiene más de una similitud, como ya ha quedado sugerido, con la palabra bíblica y Las Casas es, en este nivel, testigo del cumplimiento de la Providencia Divina. El lector no puede quedar más alejado de aquél que sólo busca el entretenimiento de una materia narrativa, pues, a su vez, ha quedado incorporado también dentro de la mecánica del cumplimiento de la voluntad divina. Su respuesta no puede reducirse a una de naturaleza estética.

San Agustín y Paulo Orosio son las autoridades con quienes se prestigia esta idea que, por lo que concierne a Las Casas, reconcilia la religión con la política dentro de su concepción de la historia.

III. *Las Casas-jurista*

En este nuevo nivel de enunciación, que sitúa la obra dentro de la polémica contemporánea con Sepúlveda, Las Casas aproxima la materia histórica a la entidad del poder. El receptor principal no es ahora el grupo de teólogos preocupados por dilucidar la

capacidad de recepción de la gracia divina de la población indiana, sino el rey como sujeto de posesión. En realidad estamos ante el nivel que engendra mayor tensión, pues una de las pretensiones de la *Historia* es reivindicar para la población indígena la posesión de su tierra.

Antes de entrar en los pormenores de la defensa de los derechos indianos, Las Casas se ve obligado a tranquilizar a la entidad real, asegurándole, desde un punto de vista teórico, su derecho de señorío universal. Las Casas, además, adopta el papel de buen súbdito, preocupado por la fama de sus soberanos. Esta puede resultar dañada de seguirse cometiendo las atrocidades que hasta ahora se han realizado contra la población indígena. El súbdito divino es sustituido por el súbdito real que acata la instancia de poder para estar en situación de negociar con ella.¹⁰

Las Casas se muestra en este nivel como jurista cuya historia se constituye en valor de prueba jurídica, amparado en la autoridad de Fray Guillermo, de Bartholo, de Angelo o de los *Decretos* en general.

IV. *Las Casas-scriptor rerum admirabilium*

En este nuevo nivel la historia de Las Casas se ofrece como materia admirable. Lo anodino, lo espectacular, lo asombroso, lo grande y lo magnífico de la empresa americana se ofrecen a un lector que, mediante otros mecanismos y en niveles diferentes, ha quedado definido, desde un punto de vista moral, como juez de la culpabilidad de las acciones que va a leer, negándole la posibilidad de una lectura meramente pasiva. Ahora, sin embargo, se le atrae a la historia por el simple argumento portentoso.¹¹ Las Casas es, en este caso, recuperador del pasado español y el lector, lejos de quedar catalogado como lector genérico, es definido como lector que pertenece a la nación española y va a asistir a la lectura de las glorias patrias.

¹⁰ En este nivel el "Prólogo" se asemeja al prólogo de la historia de López de Gómara en su nivel discursivo fundamental: el de la voz que se dirige a la instancia de poder. Gómara construye la primera parte del prólogo de su historia como una justificación del derecho de conquista dirigido a la instancia de poder, de la que espera conseguir gratificación. Por contraste, la segunda parte, dirigida al lector, se contenta con ofrecerle una materia portentosa de la que aquél podrá obtener deleite (Cabañas, 43-46). Igual que en Las Casas, parece haber una desproporción entre las expectativas de uno y otro receptor. Lo importante, desde el punto de vista de los niveles de enunciación, es el hecho de que Gómara juega con ambos discursos, el estético y el del poder, dentro de los límites genéricos en que se mueve, para satisfacer-tranquilizar a los posibles receptores y enmascarar la intención crematística que le mueve a escribir.

¹¹ El escribir sobre una materia asombrosa y portentosa será una de las motivaciones fundamentales que inspire sus respectivas historias a Pedro Mártir de Anglería y G. Fernández de Oviedo. Los prólogos de ambas obras, en el caso de P. Mártir sus diferentes introducciones a las respectivas décadas, abundan en la expresión de las "cosas maravillosas", "de tanta admiración y riquezas", "admirare", "illustrare", etc. Vemos, de nuevo, la desproporción entre lo que ellos ofrecen a sus lectores y lo que la realidad indiana parece ofrecer para los lectores de Las Casas o Gómara. En este sentido la tensión viene provocada por el contraste entre las diferentes obras de un mismo género. Las Casas, al hacer referencia a otros historiadores, ataca este concepto reduccionista de la historiografía indiana, aun cuando también quiera incluirlo en su "Prólogo".

CONCLUSIONES

Estos niveles de desdoblamiento hablan de las dificultades con que el autor espera que su obra sea acogida. Son, en primer lugar, estrategia de despiste de la recepción: frente a la uniformidad de otras posiciones (humanistas, teólogos, acatadores de la autoridad real, detractores de la misma), Las Casas ofrece una historia indiana con rostro multiforme y, en ocasiones, contradictorio (¿humanista-teólogo?; ¿defensor de los indios-acatador de la autoridad real?), que intenta complacer a muchos posibles destinatarios. Nos hablan, en segundo lugar, de la tensión contextual entre la historia de Indias como género frente a su *Historia* particular: son reflejo de la dificultad de la afirmación individual dentro de los cauces genéricos que la historia y la crónica le ofrecen. Todavía en este nivel se podría observar la dificultad de adecuación genérica de la crónica de Indias en su conjunto dentro del género de la historia en general. Por último, son reflejo de la dificultad de someter a textualidad una realidad indiana que se escapa a las categorías de pensamiento de la época (jurídicas, telógicas, estéticas). No puede decirse que todos los niveles de enunciación jueguen el mismo papel, pues la extensión con que habla desde ellos o los mismos conceptos que ellos implican —insertos en el marco de referencia intertextual y contextual de otras obras lascasianas— nos dan la pista para la correcta valoración de su importancia. Así, Las Casas-teólogo y Las Casas-jurista sustentan el peso doctrinal del “Prólogo”, mientras Las Casas-humanista sirve para dotar de actualidad genérica y prestigio intelectual a una obra que tiene que defenderse en el ámbito de la inteligencia dominante de la época. Las Casas-*scriptor rerum* no supone sino un guiño al lector despistado e ingenuo con que toda obra se encuentra, quien no pasa nunca más allá del *cortex*, sin gustar de la *medulla*. Este nivel, por otra parte, parece querer suspender aparentemente las tensiones existentes, pretendiendo que la historia es tan sólo narración de materia deleitosa. El “Prólogo”, por último, se afirma frente al cuerpo de la *Historia*, por cuanto ofrece concentradas las tensiones que en aquélla, con su extensión, tienden a relajarse o a difuminarse. Supone, así, una caja de resonancia de las ideas y conceptos de la *Historia* con intención de definición programática y de lucha de afirmación.

OBRAS CITADAS

- Codoñer Merino, Carmen. *Evolución del concepto de historiografía en Roma*. Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona, 1986.
- Cochrane, Eric. *Historians and historiography in Italian Renaissance*. Chicago: The University of Chicago Press, 1981.
- Croce, Benedetto. *Teoria e storia della storiografia*. Bari: Laterza, 1943.
- Esteve Barba, Francisco. *Historiografía Indiana*. Madrid: Gredos, 1964.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela. Madrid: Atlas, 1959.
- Fox Morcillo, Sebastián. *De Historiae institutione dialogus*. Amberes, 1557.
- Genette, Gerard. “Géneros, ‘tipos’ y modos”. *Teoría de los géneros literarios*. Miguel Ángel Garrido Gallardo, editor. Madrid: Arco, 1988. 183-233.
- González Echevarría, Roberto. “Humanismo, retórica y crónicas de la conquista”. *Isla a su vuelo fugitiva*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1983. 42-85.

- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. 3 volúmenes. André Saint-Lu, editor. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1956.
- López de Gómara, Francisco. *Historia de la Conquista de México*. Joaquín Ramírez Cabañas, editor. México: Editorial Pedro Robredo, 1943.
- López Estrada, Francisco. *Las poéticas castellanas de la Edad Media*. Madrid: Taurus, 1985.
- Mártir de Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Agustín Millares Carló, traductor; apéndices de Edmundo O'Gormann. México: Biblioteca José Porrúa Estrada, 1964.
- Minnis, Alastair. *Medieval Theory of Authorship: Scholastic literary attitudes in the later Middle Ages*. London: Scholar Press, 1984.
- Montero Díaz, Santiago. "La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro". *Hispania* IV: 3-39.
- Páez de Castro, Juan. *De las cosas necesarias para escribir historia*. Fray Eustasio Esteban, editor. *La Ciudad de Dios* XXVIII: 601-10; XXIX: 27-37.
- Patrizi, Francesco. *Della historia diece dialoghi*. Venecia: 1560.
- Porqueras Mayo, Alberto. *El prólogo como género literario; su estudio en el siglo de oro español*. Madrid: C.S.I.C., 1957.
- ____ y José Luis Laurenti. *Ensayo bibliográfico del prólogo en la literatura*. Madrid: C.S.I.C., 1971.
- Regoliosi, Marco. "Riflessioni umanistiche sullo 'scrivere storia'". *Rinascimento* XXXI (1991): 3-37.
- Robortello, Francesco. *De historica facultate disputatio*. Florencia, 1548.
- Sánchez Alonso, Benito. *Historia de la historiografía española*. Madrid: C.S.I.C., 1944.
- ____ "La literatura histórica en el siglo XVI." *Historia general de las literaturas hispánicas*. Guillermo Díaz Plaja, editor. Madrid: Taurus, 1953. 205-40.
- Sperone Speroni. *Dialogo della historia*. Helene Harth, editor. München: Wilhelm Fink Verlag, 1975.
- Spini, Giorgio. "Historiography: The Art of History in the Italian Counter Reformation". *The late Italian Renaissance(1525-1635)*. Eric Cochrane, editor. Glasgow: University Press, 1970. 91-103.
- Tellechea Idígoras, Juan. "Españoles en Lovaina en 1551-8. Primeras noticias sobre el 'bayismo'". *Revista Española de Teología* XXIII: 21-45.
- Todorov, Zvetan. "El origen de los géneros". *Teoría de los géneros literarios*. Miguel Ángel Garrido Gallardo, editor. Madrid: Arco, 1988. 31-48.
- Weiss, Julian. *The poet's art. Literary Theory in Castile 1400-1460*. Oxford: The Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature, 1990.